

LIBROS RECIENTES

**“LA CRUZ DE NUESTRA MODERNIDAD”:
UNA PROPUESTA FUNDACIONAL.**
Enrique Cantolla Bernal
Ediciones Emérida
Santiago, 1993

Hace algunos meses fue publicado en Chile el libro *“La Cruz de Nuestra Modernidad”* del politólogo Enrique Cantolla Bernal. De su lectura surgen diversas inquietudes. Una es adentrarse en la evolución de los paradigmas económicos y de organización social a partir de los cuales se han cimentado los sistemas políticos. Otra manera de aproximación a este serio esfuerzo intelectual es a través del paralelo que el autor traza en el plano cultural —entendido en su sentido más global— entre las visiones valóricas que diferencian al mundo hispánico, en el cual nos encontramos insertos, respecto del entorno anglosajón.

Para mí, sin embargo, el mayor atractivo de esta obra, es su visión fundacional, no sólo respecto de la explicación del desarrollo lento, con sobresaltos, discontinuo e inestable de

nuestra región, sino en relación a cómo entender e interpretar el desafío futuro de lograr y consolidar una efectiva modernidad.

Una teoría surgida en los años 60 cruzó toda América Latina buscando explicar el desarrollo a partir de la incorporación de los principios de la lucha de clases en las relaciones económicas y políticas internacionales. Fue la denominada Teoría de la Dependencia, de Cardoso y Faletto que, más allá de su amplia difusión en el campo intelectual, tuvo claras repercusiones políticas al inspirar a muchos de los actores sociales en sus afanes de cambios estructurales. Pecando de mecanicismo y de determinismo, tal enfoque explicaba las causas del subdesarrollo de nuestra región a partir del eje divisorio Centro-Periferia. Según sus conclusiones, los países situados en este último circuito no alcanzarían desarrollo alguno mientras no se liberaran de la dominación del núcleo central, en nuestro caso, radicado en Estados Unidos de Norteamérica.

Era una teoría mecanicista. Traducía y aplicaba “normas” rígidas provenientes de la concepción marxista de la sociedad y de la historia a realidades dinámicas que no se encuadraban bien en una doctrina eurocéntrica. Derivada de escenarios del siglo XIX, se articulaba en torno a proposiciones

casi deterministas. Era imposible un desarrollo de los países periféricos, donde se incluía a todo el llamado Tercer Mundo, si no había una liberación política respecto del sistema capitalista central. Eran los momentos en los cuales el socialismo, en su visión más ortodoxa, trataba de ser la razón explicativa de todos los fenómenos sociales y, a su vez, causa impulsora de las transformaciones del futuro, que obligadamente debían ser llevadas a cabo desde el poder.

La realidad, como siempre, terminó siendo más porfiada que las teorizaciones dogmáticas. En la década del 80 fue perfectamente posible observar el desarrollo de algunos países del sudeste asiático sin seguir ninguna de las recomendaciones de la Teoría de la Dependencia. En los 90, con el colapso de los socialismos reales, acabaron derrumbándose los soportes doctrinales de aquella teoría y los países que en su concepto estaban al margen de aquella dependencia fatal comenzaron a transitar hacia el capitalismo.

Las tesis de Enrique Cantolla sobre el problema del desarrollo hispanoamericano vienen a ser una magnífica contraposición a aquella interpretación rígida. No se plantea el autor una confrontación con las premisas de Cardoso y Faletto, a quienes ni siquiera menciona. Es el lector quien inevitablemente llega a esta conclusión. Las causas del subdesarrollo de nuestra región no se encuentran en teorizaciones voluntaristas, incapaces de soportar el cambio de realidades, sino que se pueden ubicar en nuestra propia tradición cultural, la gran configuradora de nuestro perfil como pueblo. Más profundamente aún, es necesario buscarlas en las cosmovisiones determinantes de nuestro tránsito histórico.

La tradición es tomada como elemento clave de interpretación del presente, no para venerarla con retóricas conservadoras. En otras palabras, para entender por qué somos como somos y, a partir de allí, diseñar pistas y pautas de un cambio cultural. Esta manera de asumir la tradición vincula a nuestro autor con la visión de Karl Popper acerca de ella. Efectivamente, teniendo un diagnóstico de las causas de nuestro subdesarrollo podemos atrevernos a plantear la posibilidad de alcanzar una real modernidad y sacudirnos varios traumas heredados del pasado. Bajo este aspecto es, sin duda, un ensayo fundacional.

En *La Cruz de Nuestra Modernidad* encontramos otro rasgo fundacional. No se queda entrapada en una interrogación sobre el pasado ni en la búsqueda casi existencial de los condicionantes de nuestro presente. Se plantea una propuesta para ir redefiniendo y construyendo el porvenir. Se trata de proposiciones entroncadas con rasgos muy profundos del individuo que, al fin y al cabo, es el motor de todo desarrollo real, aunque en determinadas coyunturas históricas políticas hayan estado desdibujados o ausentes.

Cantolla rescata y proclama una visión antropológica del individuo a partir del cual se va configurando el tejido social. El individuo tiene entre sus atributos la libertad personal, usando un concepto de Hayek, en una síntesis indisoluble entre libertad y responsabilidad. Con esta herramienta es posible concebir un auténtico y perdurable desarrollo. El autor plantea la estrecha interrelación existente entre economía y política. Sólo cuando hay escenarios de desarrollo sostenido en la primera, es posible pensar en lograr la estabilidad política, con lo cual afirma una postura opuesta a la de

Jaguaripe, otro de los autores clásicos que han querido trazar un perfil de América Latina sin adentrarse en la profundidad de los procesos.

Es cierto: debe compatibilizarse la libertad económica con la política como punto de culminación. Pero no pueden ignorarse las experiencias de países cuyas transformaciones económicas fueron realizadas bajo condiciones autoritarias en lo político (Chile, Corea del Sur, Singapur) habiendo avanzado después más sólidamente hacia el establecimiento de sistemas democráticos. Por el contrario, observamos otros escenarios de democracias imposibles como Haití, donde no hay una base económica estable que, de manera mínima, garantice el quehacer democrático.

En definitiva, lo resaltado por Cantolla en su libro es que lo importante es la vigencia de la libertad personal con su proyección al ámbito privado, donde cada individuo es libre y responsable para ir construyendo su propia historia. La democracia es sólo un mecanismo procesal para dirimir la competencia política y como tal, expresa en el terreno político el natural pluralismo social. Pero no deben pedírsele a ella respuestas de tipo económico y social, so pena de caer en frustraciones colectivas que algunos de nuestros pueblos conocen de sobra.

Estableciendo el rol del individuo y de la síntesis entre libertad y responsabilidad, el autor plantea un nuevo enfoque de la solidaridad, concepto tan manido y a la vez tan inútil en las concepciones socialistas, evocador, hasta ahora, de un colectivismo fracasado o de imposiciones redistributivas del Estado. El nuevo y futuro desarrollo de América Latina demandará, ciertamente, la concurrencia de la solidaridad, pero ella está fundada en esas

premisas centrales del hombre y su libertad.

Los politólogos latinoamericanos nos hemos acostumbrado a dos cosas negativas: a ser contestatarios de las realidades y a asumir categorías de análisis diseñadas para escenarios distintos al nuestro. Al plantear sus proposiciones, Cantolla está marcando un nuevo camino y planteando un nuevo desafío: situarnos en nuestras interpretaciones en una perspectiva de construir el futuro, para lo cual es instrumental el conocimiento del pasado. Además, nos invita a utilizar categorías propias que, sin desconocer la universalidad de los fenómenos, den mejor cuenta de sus respectivas singularidades.

Andrés Benavente Urbina

EL JARDIN DE LAS DUDAS

Fernando Savater
Planeta
Barcelona, 1993

No voy a negar que estoy escribiendo sobre el libro de un amigo. De manera que el receloso, el avisado y el fanático ya pueden abandonar la lectura, porque ni el libro ni mi comentario son para ellos; por el contrario, reclamo la atención de aquellas personas para las que la honestidad, la valentía y una buena charla a la luz de la inteligencia —y de la lumbre de un acogedor fuego literario, por qué no imaginarlo así— son una ocasión de riesgo y de satisfacción a partes iguales.

Fernando Savater se ha decidido a hablar de un personaje por el que sienten veneración: Voltaire. En realidad ha ido más lejos: se ha decidido a hacer hablar a Voltaire. Poner voz a un personaje que pertenece a la historia es, novelísticamente hablando, una hazaña o un dislate. El autor, en este caso, lo ha enfrentado astutamente como "narrador" —en el sentido que da Walter Benjamin al término— y no como novelista, recurriendo a un artificio: una cierta dama francesa casada con un noble español, ambos ilustrados, decide un buen día recordar a Voltaire, retirado en su residencia suiza de Fernay y ya a punto de abandonar este mundo, la anécdota del fugaz encuentro entre ambos y, con este pie, solicita el inicio de una correspondencia; el viejo Voltaire accede y, a lo largo de la narración, esa correspondencia se desvela ante nuestros ojos. Durante su vida, Voltaire habrá escrito más de 20.000 cartas. El artificio, pues, está en un punto de adecuación que ni pintado. Lo que no intentará en ningún momento el autor es lo que en la jerga novelística se conoce como "construir un personaje desde dentro", en consecuencia, Savater no intenta la construcción dramática de su personaje de dentro afuera, sino que se centra en verbalizar sus actitudes ante la vida, las reflexiones y vivencias que proceden de su activa e ilimitada curiosidad y que contienen la historia de quien puede considerarse el inventor de esa actitud que hoy conocemos como "compromiso intelectual".

Al escribir este libro, Savater ha debido divertirse, irritarse y vibrar, como a buen seguro lo van a hacer sus lectores. Si se me permite parafrasear una de las expresiones de Fernando ("La felicidad consiste en merecerse la

felicidad") yo diría que el volterrianismo consiste en merecerse a Voltaire. Lo ha cumplido.

José María Guelbenzu

LA UTOPIA DESARMADA. LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA DESPUES DE LA GUERRA FRIA

Jorge G. Castañeda
Tercer Mundo Editores
Santafé de Bogotá, 1994

Después del viraje histórico de 1989, una especie de euforia triunfalista se apoderó del mundo. Se nos informó de que la historia había terminado. El comunismo había fracasado. El capitalismo había triunfado. Santas Pascuas.

Cuatro años después, el desencanto es mayúsculo. Privado de las comparaciones ideológicas de la guerra fría y de la parálisis inducida por el terror nuclear, el planeta se ha soltado el pelo: nacionalismo, racismo, xenofobia, fanatismo religioso... Todo sirve para construir un nuevo techo sobre una humanidad despojada de su antiguo amparo bipolar.

Pero el amargo sabor persiste. La recesión, el desempleo, la pérdida de confianza en los Gobiernos y en los partidos han echado lumbre a la caótica fogata. Los huérfanos de la guerra fría buscan un nuevo hogar. No

lo encuentran ni al este ni al oeste del río Elba ni al norte ni al sur del río Bravo. El fin del comunismo no ha asegurado en ninguna parte el triunfo de la justicia social.

Los problemas ocultos por las máscaras de la guerra fría están allí, dándonos la cara y pidiendo soluciones. Esta vez nada puede ser pospuesto en nombre de la urgencia de combatir al comunismo en Occidente o el capitalismo en Oriente. El imperio del mal ha cedido su lugar a la barriada del mal. Mil millones de personas viven en la más absoluta pobreza dentro del llamado Tercer Mundo. Pero también hay un Tercer Mundo dentro del Primer Mundo. Ambos comparten la agenda de una profunda crisis de la civilización urbana. Sus nombres son Rodney King, en Los ángeles; los meninos da rua, en Río de Janeiro.

¿Quién va a luchar con estos problemas? ¿Gobiernos que sus gobernados juzgan tímidos o corruptos? ¿Partidos que representan proposiciones ideológicas agotadas, sean de derecha o de izquierda? ¿Es más: cabe hablar en el mundo actual de derecha e izquierda?

Jorge Castañeda, el destacado politólogo mexicano, contesta con un libro oportuno, *La utopía desarmada. La izquierda latinoamericana después de la guerra fría*, publicado recientemente por Alfred Knopf en Nueva York. Es un libro exhaustivo, pero no extenuante, apasionado y apasionante. Castañeda posee el profesionalismo del periodista anglosajón: entrevista, viaja, gasta mucha suela. Pero también es dueño de la visión histórica del intelectual latinoamericano: memoria, deseo.

No se muestra ni complacido ni complaciente con la izquierda latinoamericana. Crítica severamente

las enajenaciones dogmáticas, las bizantinas discusiones internas, pero hace notar también los muchos sacrificios hechos en la lucha contra una división interminable entre poseedores y desposeídos, opulencia y miseria, en las repúblicas latinoamericanas.

En años recientes, esta injusticia no ha hecho sino ahondarse. La crisis económica de los años ochenta nos ha dejado con 300 millones de seres viviendo en la miseria. Han descendido los salarios, han desaparecido los empleos, han faltado alimentos, han disminuido los servicios sociales, la malnutrición y la mortalidad infantil han aumentado. Los éxitos macroeconómicos —la inflación dominada, los presupuestos equilibrados, las reservas de divisas incrementadas— no se han transformado en condiciones mejores de vida para la mayoría.

"Las finanzas públicas han mejorado extraordinariamente", señala el distinguido escritor mexicano Gabriel Zaid. "¿Cómo? A costa de la sociedad: con mayores impuestos, ventas del patrimonio social, salarios castigados para los trabajadores, réditos castigados para los ahorradores".

La especulación ha engendrado colosales fortunas de la noche a la mañana. México, de acuerdo con la revista *Forbes* ("a capitalist tool" se llama así misma), tiene más multimillonarios que cualquier otro país del mundo, con la excepción de Estados Unidos, Alemania y Japón. Sin embargo, 30 millones de mexicanos viven en la pobreza absoluta. Y a lo largo de América Latina, el 20 por ciento más elevado de la población gana 20 veces más que el 20 por ciento menos afortunado.

Estas cifras apenas son amortiguadas por las tres damas oscuras de la

crisis: la exportación ilegal de droga, la emigración y la economía informal. Pero, como lo indica Castañeda, la mayor crisis económica de este siglo ha coincidido con la mayor explosión de movimientos de la sociedad civil en toda la historia latinoamericana.

¿Quién se ocupará de estos enormes problemas? La izquierda, pero sólo si se une a la sociedad civil, abandonando la tradición marxista de la lucha de clases a favor de la lucha por soluciones concretas a problemas concretos, que corta transversalmente las alianzas clasistas para abarcar a los movimientos femeninos, a las exigencias ciudadanas de títulos, agua, tierra, comunicaciones, viviendas, escuelas...

Castañeda observa varias intersecciones entre una izquierda latinoamericana renovada y una sociedad civil dinamizada por la crisis. La izquierda está dañada por sus fidelidades al modelo comunista. No sólo debe renunciar a él, dice Castañeda, sino proclamar y apoyar sistemas verdaderamente democráticos más amplios, ciertamente, que los estrechamientos prevalentes en países como Colombia o Venezuela, pero inexcusablemente ligados al valor universal de elecciones transparentes, alternancia en el poder, protección de los derechos humanos, vigencia de la independencia judicial, libertades de prensa y asociación y la obligación de rendir cuentas por parte del Ejecutivo.

El pulso de la sociedad civil participativa nunca ha sido más acelerado en Latinoamérica. Esta es una gran novedad en sociedades que siempre han sido gobernadas desde arriba y desde el centro. Tal ha sido la tradición de los imperios indígenas, la monarquía española y el centralismo administrativo francés, tan admirado entre nosotros. Hoy, la sociedad se

mueve desde abajo y desde la periferia de los sistemas autoritarios. Es como si a mayor crisis económica correspondiese mayor socialización y democratización.

¿Dónde puede la izquierda unirse tanto a la sociedad civil como a la democracia política? Castañeda propone una intersección viable: la libertad municipal. Elecciones libres en una sociedad latinoamericana mayoritariamente urbana.

Los problemas están ahí, avasallantes. Es dudoso que la derecha los resuelva. Siempre ha vivido con ellos; ha vivido de ellos. La izquierda tiene muchos pecados que hacerse perdonar. Pero los de la derecha son infinitamente mayores. La izquierda ha estado rara vez en el poder, y en dos ocasiones, electa democráticamente, ha sido desalojada con violencia por la derecha y Estados Unidos en Guatemala y en Chile. La derecha ha estado casi siempre en el poder, ha mantenido y acrecentado la injusticia y se ha plegado demasiadas veces a la voluntad militar o norteamericana.

Sin embargo, también la derecha puede evolucionar hacia la intersección ciudadana que propone Castañeda. En nuestra cultura política, altamente barroca, cuando aparece un vacío, algo, y no siempre lo mejor, lo llenará. Esta posibilidad de responder al *horror vacui* se extiende en América Latina desde el extremo de las brutales dictaduras militares del Cono Sur hasta el polpotismo igualmente brutal del sanguinario Sendero Luminoso en Perú.

Pero la inversión extranjera, cuya ideología es la ganancia, puede influir decisivamente para que Latinoamérica adopte el modelo chino, el mercado sin democracia, el capitalismo autoritario. Temo que éste se

convierta en el modelo irresistible, tanto en la antigua Unión Soviética como en las bien abonadas tierras del autoritarismo latinoamericano.

¿Puede una izquierda democrática, renovada, evitar este peligro mediante la acción política? Castañeda nos advierte que en un continente donde casi tres cuartas partes de la población son pobres o se han empobrecido durante la pasada década, la izquierda puede, finalmente, competir limpiamente y con su plataforma propia. Puede ganar elecciones y probar su merecimiento en el poder. O puede exponerse a un fracaso irreversible. El éxito o la incompetencia miran a la izquierda latinoamericana sin parpadear.

Pero por lo menos, concluye Jorge Castañeda, la izquierda será juzgada por sus méritos propios, y no a través de las sombras distorsionadas del anticomunismo y el antisovietismo de la guerra fría.

Carlos Fuentes

ATENEA NEGRA

Martín Bernal

Crítica

Barcelona, 1993

He aquí un libro con grandes pretensiones. No sólo pretende desmascarar la interpretación europea y moderna de los orígenes del mundo clásico, como un producto perverso de una tradición historiográfica "racista y antisemita", sino volver a lo que llama "el modelo antiguo" que atribuía a los egipcios y los fenicios la fundación de

la sabiduría auroral de Europa. Fueron los filólogos, los historiadores y los humanistas de Gotinga y otras universidades del siglo XVIII (y sus colegas del XIX y del XX) los que han procurado borrar las trazas del substrato egipcio y semítico en su "fabricación de la Grecia clásica". Tal es la tesis central, apoyada en una balumba de datos arqueológicos y etimológicos recopilados con afán evangélico. M. Bernal no es un especialista en este terreno, aunque sabe muchas lenguas (chino, vietnamita, hebreo, copto, francés y griego hablado). Como él apunta, gentes que no eran especialistas han hecho grandes aportaciones y descubrimientos, como es el caso de H. Schliemann, que descubrió Troya, y de M. Ventris, que descifró el silabario lineal B. También él podría, sin ser un profesional ni un experto en el mundo helénico, revolucionar con su visión genial la interpretación del mismo. Pues sí; veámoslo.

Objetivo político

Su libro tiene un claro objetivo político: "El objetivo político de *Atenea negra* en su conjunto es, naturalmente, intentar bajar los humos a la arrogancia cultural de Europa" (página 90). Como uno ya está cansado de libros sin ideas, no deja de sentir cierto alborozo al encontrarse con alguien que pretende tanto (aunque, a estas alturas, esos "humos de arrogancia cultural" no parece que se relacionen ya con el clasicismo griego, como muestran los planes de educación en casi toda Europa). Supongo que algún premio a esta obra le viene por ese lado político: los oprimidos afroasiáticos resultan ensalzados por una vez.

El libro —primero de una serie de tres volúmenes— abarca tanto una

denuncia: la "fabricación del clasicismo" borrándole sus bases egipcias y semíticas, como una demostración erudita de su tesis. Al lector poco enterado y poco escéptico le impresionarán el montón de etimologías egipcias y los manejos de siglos y milenios con los que Bernal opera. Ha encontrado un buen apoyo para el léxico en los trabajos de dos especialistas modernos, C. Gordon y M. C. Astour (a los que, como él mismo advierte, sus colegas no les conceden crédito ni fe alguna); pero además ha escarbado mucho por su cuenta.

Parece como si toda la metodología científica desde el siglo XVIII, tanto en filología como en arqueología y en historia, se hubiera movido por prejuicios. Pero hay que decir que el racismo y el antisemitismo que aquí se denuncia no tiene mucho que ver con formas duras de tales ideologías, sino con un fondo europeo muy general. Prácticamente todos los modernos europeos son —somos— racistas y antisemitas (incluso los numerosos filólogos alemanes que eran judíos, pero tan ilustrados como sus colegas). Todo empezó con el progreso y la ilustración:

"A mediados del siglo XVIII, una serie de defensores del cristianismo empezaron a utilizar el recién creado paradigma del progreso, según uno de cuyos supuestos "cuanto más reciente sea una cosa, es mejor", para promocionar a los griegos a expensas de los egipcios. Esta corriente se fundió con otras dos que por esa época empezaban a tener mucho predicamento, a saber: el racismo y el romanticismo. El capítulo 4 repasa el desarrollo del racismo basado en el color de la piel en la Inglaterra de finales del siglo XVIII, desarrollo que corrió parejo con la importancia cada vez mayor de las

colonias americanas, por un lado, y de la esclavización de los negros africanos, por otro. Las ideas de Locke, Hume y otros muchos pensadores ingleses rezuman racismo por todos sus poros".

¡Qué precisión en la visión histórica! Casi todos los estudiosos de la antigüedad en la Europa ilustrada y la posterior caen bajo la misma denuncia. Como no podían matar indios y esclavizar negros, iban blanqueando los orígenes del mundo clásico. Pero los alemanes de Gotinga y Winckelmann y Humboldt fueron los más culpables.

Aunque Bernal es muy desdenoso para con los arqueólogos científicos e ignora a los filólogos (sobre todo a los que han venido después del siglo XVIII) que se ocuparon del mundo griego sin advertir sus raíces egipcias y semíticas, apabulla al lector con un montón de etimologías venidas del arcano léxico egipcio. Comentaré tan sólo alguna muy destacada, como la del nombre de Atenea, ya que el título de Atenea negra viene de su identificación con la diosa egipcia Neit, de la ciudad de Saïs, pero de origen libio.

Según Bernal, el título religioso de la ciudad de Saïs, Ht Nt, "Templo o Casa de Neit", estaría en el nombre de la diosa griega. Aparte del problema de que un topónimo dé un nombre divino y de que "este nombre no se halla atestiguado ni en griego ni en copto", cree "legítimo proponer una vocalización Athanait para Ht Nt". Y sigue explicando: "La ausencia de -i- en Athene, Athara, y Atana en lineal B, quizá pudiera suponer un problema. Sin embargo, el ático y el dórico conocen las variantes Athenaia y Athanaia, y la forma homérica es Athenaie. Y como en griego, lo mismo que en egipcio tardío, se eliminaba el grupo ts

final, cabría esperar la no aparición de estas consonantes tanto en Athenai como en Athenee".

Quizá el lector medio se quede desconcertado por tanto dialecto y tanto saber etimológico. Pero cualquier estudiante de griego sabe que la —i de Athenai es una desinencia del plural, y la de Athenaia, el morfema de femenino —ia; que —na es un sufijo prehelénico no raro, y que en griego no desaparece el grupo final —ts, sino que da —s. La única relación indiscutible del nombre de Neit con el de Atenea es que ambos tienen una n (la forma antigua griega es Athana).

Es cierto que algunos griegos las asimilaron: "Ambas eran diosas vírgenes de la guerra, la actividad textil y la sabiduría". Del mismo modo, identificaron a Osiris con Dioniso, y a Zeus con Amón y Ra.

Neit, con corona, es una diosa madre: de Ra y de muchos dioses; su animal sagrado es la vaca. Atenea es una virgen más consecuente, hija de Zeus, siempre con armadura, de ojos verdes, amiga de los héroes, del olivo y la lechuga. Pero los conocimientos mitológicos de Bernal son muy limitados.

Hay otras etimologías nuevas. Así Afrodita no viene de la espuma, aphros, sino de un topónimo PrWrdyt, y Poseidón de PrSidón. Confunde raíces y sufijos con notable desenfado. A su lado, el mismo san Isidoro resulta un etimólogo riguroso. Los argumentos arqueológicos son igualmente imprecisos e inciertos. Por ejemplo, cuanto dice sobre el alfabeto o la época de Homero, que ahora se suele fechar con rigor a mediados del siglo VIII a.C. Pero aquí se prefieren los cálculos de los antiguos o de los sabios herméticos a los modernos.

El amontonamiento de erudición

discutible no es garantía de fiabilidad. De modo que ni la supuesta negritud de Atenea ni el substrato egipcio aparecen no ya evidentes, sino ni siquiera documentados con seriedad entre tanta balumba exótica y atropellada,

Los indoeuropeos

Sobre los indoeuropeos sabemos más y mejor después de Meillet y Benveniste; sobre el pensamiento griego hemos leído a Cornford, Dodds y Guthrie; sobre religión y mitología, Kirk, Vernant, Dettieme y Burkert nos han orientado (no sólo a los especialistas, sino a los interesados en el mundo griego). Todos esos autores son desconocidos por Bernal, supongo que más por progresistas que por racistas. De hecho, cualquier historia del pensamiento griego comienza por reconocer su deuda con los pueblos del Antiguo Oriente y con Egipto, y precisándola. El alfabeto les vino de Fenicia, los sabios griegos viajaban a Egipto, y los astrónomos usaban datos babilónicos. En la religión griega hay huellas de sincretismos de dioses indoeuropeos y mediterráneos y asiáticos. Sabemos que las estatuas tenían colores chillones y que hasta el mismo Apolo un lado oscuro y sangriento. Reconocemos tales influjos, como lo hacían los griegos.

Pero si uno quiere probar que los dioses griegos se tuvieron de blanco, que la filosofía vino de Egipto, que bajo el humus helénico está un misterioso Egipto, tendrá que hacerlo con cierto rigor filológico, histórico, arqueológico, y no con un amontonamiento de etimologías de pacotilla y tildando de racistas y antisemitas a los que piensan de otro modo. Más que la exaltación de un ilusionado que

recarga machaconamente sus tesis revolucionarias, lo que me sorprende en esta Atenea negra es su edición en una serie prestigiosa de libros de historia.

Carlos García Gual

MEMORIAS Santiago Carrillo Planeta Barcelona 1993

Si hay entre los políticos españoles vivos alguno al que convenga el concepto de profesional de la política, ése es sin duda Santiago Carrillo. Hijo de un dirigente socialista, Carrillo vive la política desde antes de tener uso de razón. Con sólo 15 años ya había leído a Lenin, y comenzaba a distinguir entre las dos tácticas de la socialdemocracia. Tanto aprendió a distinguirlas que antes de cumplir los 20 años lideró la magna operación de dejar al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) huérfano de sus juventudes. Corría el año 1935 y Carrillo era ya lo que se llama un dirigente nacional: un año después sería el líder de la más numerosa organización política que haya tenido nunca la izquierda española, las Juventudes Socialistas Unificadas, lo que le valió saltar, después de la guerra, al plano internacional: en 1939, lo encontramos asistiendo a las reuniones del secretariado de la Internacional Comunista como representante de su organización juvenil.

Es sorprendente lo poco que un dirigente como él nos tiene que contar

en las primeras 300 páginas de su libro de los años de República, con la guerra dentro, que ya no se supiera. Cuando un político de su fuste escribe memorias, lo que se espera de él es que, además de explicarse, de reconstruir su propia identidad, proporcione las claves de una estrategia, lo que se discutió en tal o cual reunión en la que se adoptaron decisiones trascendentales, la atmósfera de su tiempo.

Decisiones capitales

Carrillo adoptó, e hizo que otros adoptasen, decisiones capitales desde muy joven: en la ejecutiva de las juventudes, en el comité nacional del PSOE, en el comité revolucionario que preparó la insurrección de 1934, en la ejecutiva de las Juventudes Unificadas, en el buró político del PCE. Y todo lo que recuerda es la justificación que luego se ofreció de aquellos hechos. No importa ahora si esas interpretaciones se ajustan o no a los hechos, sino que se trata de lugares comunes, archirrepetidos, incorporados a la historia canónica del PCE y a los que la prosa más bien plana, sin aristas, sin brío, como mortecinamente burocrática del secretario general, no añade nada digno de tenerse en cuenta.

La memoria de Carrillo condensa toda la historia de lucha, derrota, frustración y renacidas expectativas finalmente liquidadas que es la del comunismo en España. Tal vez nunca la historia de un partido se confunde, como en su caso, con la biografía de uno de sus dirigentes. El problema consiste en que al transmitirnos su recuerdo personal, que es también la memoria del partido, Carrillo repudia el lenguaje con el que esos militantes tomaron conciencia de sí y de su tarea calificándolo de "frases grandilocuen-

tes propias de la parafernalia comunista de la época". Pero ése era el lenguaje, y al desaparecer de su memoria para no herir la sensibilidad del lector las luchas a muerte se convierten en disputas políticas más o menos convencionales. Prescindir del lenguaje en el que el sujeto expresa su

conciencia del momento equivale a minar el territorio que habita la memoria hasta convertir un pasado dramático en un apacible recuerdo de abuelo comprensivo con las debilidades de los hijos y nietos y arrepentido del dolor causado a los padres.

Santos Juliá